

Blog de Notas



CRISTINA ROS

¿Qué pasa con la Fundació Pilar i Joan Miró?

Cuando casi nadie cree que la decisión tomada, aparentemente de golpe y porrazo, por la regidora de Cultura Carme Feliu, de no renovar el contrato a Aurelio Torrente, actual director de la Fundació Pilar i Joan Miró, tenga como fondo las quejas recibidas por parte del personal —hay personal que **no tiene** problemas, sino que es un problema endémico, y además, qué carajo, nunca hemos visto que el grupo que gobierna el Ajuntament de Palma haya sacado a alguien a la calle por tener problemas con el personal—, son muchos los que se preguntan qué sucede realmente con la Miró y qué futuro se le depara.

Hagamos, antes, un poco de historia: dejando de lado las muy oscuras y nunca esclarecidas razones que obligaron a dar el pasaporte al anterior director, Pablo Rico, el hombre que ostentaba el récord entre todos los récords de ser capaz de hablar durante más tiempo y con el más grande de los entusiasmos sobre sí mismo, tras él contrataron a un nuevo responsable que no ha ido hablando, sino haciendo. De pronto, se acabaron los eternos problemas entre la familia de Joan Miró y el Ajuntament de Palma, y los herederos han ido cediendo cada vez más obra, cuando antes la retiraban. Se dejó de exponer a Miró de cualquier manera y en cualquier lugar —los centros comerciales quedaron desde entonces excluidos—, y en este momento, que una tenga en mente, la Fundació cuenta por lo menos con seis exposiciones vendidas al exterior: cuatro en Japón, una en Washington y una en Italia, todas ellas en museos de prestigio y reportando la mayor parte de los ingresos de la entidad palmesana. El cráter económico que perforaba a la Fundació Miró hace apenas cinco años, se ha ido tapando y los dos últimos ejercicios son los primeros en que la institución ha cerrado con superávit. Hay más: hace seis años, Son Boter estaba perdiendo el arte de

sus paredes, el arte que en ellas impregnó Miró; las promesas de restauración eran el bla, bla, bla, que caracterizaba la gestión del centro; hoy, Son Boter está restaurado. Se ha hecho el aparcamiento, porque hasta hace poco no sólo era difícil llegar hasta la Miró, sino sobre todo quedarse. Los talleres de obra gráfica funcionaban a intervalos y a trompicones; ahora lo hacen todo el año. Siempre se encuentra obra de Joan Miró expuesta convenientemente, no una obra encima de la otra, porque a Rico Lacasa le había dado por decir que ésa

era la forma de reflejar el *horror vacui* que mostraba el genial artista en su estudio —la obra de Miró expuesta en la Fundació nunca será de primera, porque simplemente sus fondos no lo son, pero por lo menos ahora hay algunas obras que pueden ostentar esa categoría, cedidas por la familia.

Hablemos de exposiciones. Se reestablecieron las relaciones con la Fundació Joan Miró de Barcelona, otro tiempo rotas, y con ella se organizó el

magnífico «Homenaje a Pilar Junco-sa». Por primera vez se estableció un puente directo con el Centro Reina Sofía, con la magnífica antológica de Esteban Vicente. Se disfrutó de la muestra «Abans de l'informalisme», obras de la Colección Arte Contemporáneo Español, comisariada por Valeriano Bozal y con la ayuda de María Jesús Abad, ambos responsables estos días de la tan celebrada inauguración del Patio Herreriano de Valladolid. Se enseñaron los procesos de grabado de Joan Miró y Joan Barbarà, así como las cerámicas realizadas entre el fundador del centro y Josep Llorenç Artigas. Se revisó Neon de Suro, a Vicente Escudero, las cerámicas de Pablo Picasso y al gallego Eugenio Granell. Podríamos citar otras muchas muestras, pero así, a bote pronto, sólo recordar que acaba de cerrar o está por cerrar el exhaustivo repaso por la trayectoria última de Rafael Moneo.

Lo cierto es que alguna de las primeras críticas vertidas sobre el actual director llegó de boca de un pintor mallorquín que decía que la Fundació Pilar i Joan Miró estaba cerrada a los artistas de la Isla, cuando si en algo se ha excedido Torrente es que en ese espacio cúbico o en el sótano ha expuesto todo hijo de vecino. La lista de artistas mallorquines que han desfilado por la Miró en los últimos años es tan larga que aquí no cabe y aburre.

Más allá, con la marcha de Aurelio Torrente, no sólo queda pendiente la publicación de los fondos de la entidad, preparada y con coeditor ya para el año que viene, sino que se pierden muchos de los contactos de quien los tenía cuidados por haber dirigido durante años el Museo Español de Arte Contemporáneo. Lo cierto es que se nos escapan las verdaderas razones de la decisión de Carme Feliu, eso, si hoy no está ya la silla comprometida. ¿Podría alguien aclararlo?



Feliu y Torrente, ante una obra surrealista. Efectivamente.